

cuando se tienen muchas cosas que decir, casi no se dice nada, y luego, había esperado en vano verlo detenidamente. ¿Tendría que marcharse sin decirle adiós?

La ausencia de Marín daba motivo para muchos comentarios en el público: los más maliciosos suponían que se había ido á esperar el paso de la diligencia al pie de una empinada cuesta, á una legua de allí, en donde los viajeros se apeaban para aliviar en su peso á los caballos; otros decían que se había encerrado en su casa para no dejar ver su compunción, impropia de un hombre.

Mónica inquieta, incapaz de oír lo que le decían de todas partes, dirigió la vista hacia la iglesia que formaba uno de los frentes de la plaza, y vió en el cementerio, apoyado en la cruz de Victoria, al hombre á quien amaba, tal como lo había visto el día en que cambiaron sus palabras y sus promesas: el vallado de espinos y de escaramujos lo ocultaba casi por completo: era preciso saber que estaba allí para distinguirlo; pero el corazón de Mónica saltó bajo su fichú de muselina, y comprendió ella al ver la mirada que él le dirigía, que estaba allí hacía mucho tiempo.

—¡En marcha!—gritó el mayoral separando los caballos del pesebre para engancharlos de nuevo.

La puerta del cementerio gimió bajo sus goznes y Marín se acercó á su novia llevando en la mano una ramita de rosas blancas, cortada del rosal de Victoria.

—Hasta que nos volvamos á ver, Mónica—le dijo besándola tres veces mejilla contra mejilla á estilo del país normando.—Acuérdate de tu promesa: yo seré siempre el mismo.

Colocó por sí mismo las rosas en el fichú de la joven, como hizo el primer día, sin alterarse, ante las miradas de los curiosos, más de lo que se había alterado en la soledad del cementerio.

Mónica abrazó á su madre, se despidió apresuradamente de algunas amigas, y se encontró sentada en el cupé junto al mayoral.

Oyóse el chasquido del látigo y los caballos dieron el primer pechugón.

—¡Para siempre!—dijo la vigorosa voz de Marín Bonami, que fué la única que Mónica oyó entre el saludo de todos los asistentes.

La diligencia marchó al gran trote de los caballos y tomó el camino que bajaba un poco á la salida del pueblo. Por un momento, dicho camino trazaba una curva y se veía la iglesia á la izquierda, con la tumba de Victoria cubierta de rosas blancas. Marín había vuelto á ella, porque se veía una blusa azul que brillaba á los rayos del sol contra el viejo muro de piedras paralizadas.

Y luego, Champcey desapareció á los ojos de Mónica, cegados por las lágrimas.

VII

La señora Hortensia Dunois leía, sentada en su silla larga, con la parte superior del cuerpo sostenida por almohadones y los pies cubiertos por pieles ligeras que caían por ambos lados hasta el suelo.

Su rostro, que algunos años antes era de una frescura tal que los que se cruzaban con ella en la calle se volvían para verla, había adelgazado y se había afinado en parte, sin perder la delicada belleza de sus líneas. Había sido la hermosa señora Dunois, y era, cuando la presentamos á nuestros lectores, una mujer absolutamente hermosa que provocaba lástima.

Habían transcurrido diez años desde que se casó y los primeros habían sido felices para ella.

El señor Dunois poseía una hermosa fortuna y dirigía una de esas casas de banca en que los provincianos amontonan voluntariamente sus economías. Las imposiciones aisladamente consideradas, no eran de im-

portancia, pero como después de cada feria ó de cada venta, los clientes de la casa se apresuraban á imponer en ella todo el dinero disponible, la casa disponía siempre de un capital considerable. La reputación del señor Dunois era por sí sola prenda de confianza, porque los Dunois, de padres á hijos, habían sido modelos de honor y de probidad.

La joven aportó al matrimonio una dote muy respetable, un carácter igual y encantador, su belleza que se había hecho proverbial, y todas las cualidades prácticas de una ama de casa. Cuando salía los domingos del brazo de su marido, se decía al verlos. «¡ Hermosa pareja!», y cuando daban una comida, se decía: «¡ Qué buena casa!».

Parecían, pues, completamente dichosos, y quizá lo fueran: sólo había una nube en su cielo azul: no tenían hijos.

Así es que, cuando al cuarto año de casados sintió la señora Dunois los primeros síntomas de embarazo, fué una satisfacción para todos cuantos se interesaban por aquel matrimonio modelo. Todo fué bien los primeros meses: la joven no podía felicitarse lo bastante por haber conservado la salud en aquel estado de prueba, penoso de ordinario, cuando sintió de pronto tal debilidad en las piernas, que se le hizo difícil andar, pero sin sentir dolor alguno.

Llegó el día del parto y dió á luz un niño bien constituido, cuyo nacimiento llenó de júbilo á la familia y á los amigos. Dunois estaba medio loco de alegría y empezó á concebir para su hijo y heredero los más hermosos proyectos.

Pasaron algunas semanas, y la señora Dunois, que hubiera debido dejar la cama hacía tiempo, estaba en ella porque sus piernas se negaban á sostenerla. Podía moverlas, pero no podía gravitar sobre ellas el peso del cuerpo.

Aquello era más que debilidad: alguna causa desconocida debía producir una torpeza tan poco natural.

Los médicos, convocados á consulta junto al lecho de la paciente, dijeron que su salud era admirablemente buena, y, sin embargo, ella apenas podía dar algunos pasos por su habitación, por mucha energía que para ello emplease.

Fué necesario rendirse á la evidencia: existía allí una especie de parálisis de los nervios motores. Se trata esa clase de dolencias, y con frecuencia se las cura. Comenzó, pues, el martirio para la joven.

Fueron vanamente ensayados en ella desde los procedimientos ordinarios hasta los tratamientos crueles que emplea la ciencia para luchar con las rebeldías de la naturaleza: cuando los botones de fuego, la electricidad, las duchas y el masaje reconocieron su impotencia, se echó mano de los remedios caseros.

—Pruebe usted—decían los médicos.

Se probó y el resultado fué el mismo.

La señora Dunois, que tenía entonces veintiocho años, tuvo que resignarse á pasar toda su vida en la silla larga ó en un sillón. Podía ir dos ó tres veces al día desde la puerta hasta la chimenea, apoyándose en los muebles, pero con la impresión extraña y terrorífica de que nada sostenía su cuerpo y de que sus piernas no existían: allí se detenían sus fuerzas, por ánimos que tuviera.

El día en que se dió cuenta del porvenir que la esperaba, sufrió un golpe terrible.

Cualquiera que fuese en realidad el grado de afecto de sus parientes y amigos, veíase separada, en lo sucesivo, del mundo exterior. En los primeros tiempos, cuando luchaba con toda su energía para recobrar el vigor perdido, había dejado que la sacaran á paseo en coche, y hasta había hecho considerables correrías de una población á otra en busca de los médicos más célebres y de las aguas más afamadas, siempre con la firme esperanza de mejorarse.

Pero cuando se convenció de que, á no ser por un caso improbable del género milagroso, hallábase con-

denada á no volver á andar, se reconcentró en sí misma y analizó su destino.

Hacer de sí misma un objeto de curiosidad y de compasión, exponiéndose á las miradas de los indiferentes, ¡eso nunca! Hortensia poseía una de esas almas orgullosas y tiernas que, agradecidas por el menor indicio de afecto, retroceden con disgusto ante la compasión benial de los extraños.

Puesto que no podía tomar ya parte en el movimiento de la vida, permanecería en su casa y se contentaría con respirar el aire de su jardín, que era grande y tenía sitios de sombra: los que la quisieran, sabrían ir á encontrarla allí: de los demás, nada le importaba.

Su gran alegría, lo que bastaría á llenar su existencia, sería su niño, que constituía su placer y su orgullo. Comprendía que su marido, que aun no tenía cuarenta años, activo y metido en sus negocios, le dedicara poco tiempo: quizá sintiera en su alma una herida secreta que no quería confesarse á sí misma, su niño la consolaría de todo. Ella lo educaría y se instruiría á medida que fuera necesario para enseñarle lo que él debiera aprender, y lo dirigiría hacia el ideal de lo hermoso y de lo bueno, ideal que ella sentía agigantarse en sí misma de día en día conforme iba purgando su resignación de la dolorosa amargura que la había embargado hasta entonces.

Había llegado el caso de que considerase su mal casi como un bien.

—Al menos — se decía, — nada me impedirá consagrarme por entero á mi hijo. Las demás mujeres tienen que cumplir con los deberes de la sociedad; se deben á sus maridos, á sus familias; con frecuencia, al cuidado de sus asuntos: yo, viviéndo extraña á todo menos al afecto de algunos, no tendré más que á mi hijo, y él lo será todo para mí. Si yo no puedo serlo todo para él, modelaré por lo menos su alma con mis propias manos, sin que ningún pensamiento exterior me haya distraído de ello.

Así vivió algunos meses después de haber perdido toda esperanza de curación, completamente consolada, casi gozosa, embriagándose en esperanzas maternas hasta el punto de olvidar con frecuencia la herida oculta que á veces la hacía palidecer, siendo así que ningún padecimiento físico la podía conmovér ya.

Luego, cierto día llegó el niño tiritando de vuelta de un paseo demasiado largo con tiempo húmedo: después de haberlo presentado por unos instantes á su madre, el ama se apresuró á llevárselo antes de que aquella pudiera conocer su estado. Durante la noche sufrió un ataque de tos ronca, pero la que lo cuidaba tenía el sueño muy pesado, y cuando llegó la mañana, se le había declarado el crup. Quince horas más tarde, Du-nois no tenía ya heredero, ni Hortensia hijo.

¡Es horrible la pérdida de un hijo! El pequeño ser en el cual se ha puesto algo más que una parte de la vida, en el que se ha puesto toda la ternura, la voluntad, la paciencia, la esperanza, el orgullo, todo el porvenir y casi todo el presente, se lleva consigo, al marcharse, un girón del corazón de su madre. Jamás se consuela uno de la pérdida de un hijo. Pasados los años, cuando se cree haber olvidado, no al niño, sino su dolor; cuando se ha acostumbrado uno á oír pronunciar su nombre querido por labios indiferentes que llaman con el mismo nombre á otros niños; cuando nacen nuevos hijos y ahogan en un mar de preocupaciones maternas el recuerdo de las angustias causadas por el que dejó de existir, basta encontrar una cabecita cuyos cabellos se parezcan á la vista á los cabellos rizados de otro tiempo, cuyos ojos evoquen el recuerdo de la mirada perdida; basta el eco de una voz, un suspiro á veces, un grito de alegría ó de dolor exhalado por un niño desconocido, para que el corazón de la madre se funda, y para que ella sienta abrírsele el manantial inagotable de sus lágrimas.

Todas las madres lo saben, todas las que han visto llevar en un pequeño ataúd blanco la alegría de su co-

razón y de su alma; pero cuando una mujer no tiene más que un hijo y lo pierde, su dolor es insondable.

Cuando Hortensia, sentada á su ventana, detrás de las persianas caídas, vió desaparecer por la esquina de la calle el pequeño féretro de su hijo, miró en torno suyo, y vió que nada le quedaba ya.

La herida secreta se abrió ampliamente: al quedarse sin hijo, comprendió que hacía ya tiempo que se había quedado sin esposo.

Dunois era lo que se llama un excelente hombre; es decir, que no se complacía en causar daño alguno á las personas con quienes trataba: declinaba en sus empleos, cuanto era posible, esa misión desagradable, con el objeto de no perder la tranquilidad de espíritu que tan querida le era y que tanto necesitaba para la lucidez de sus juicios.

Se había casado con su mujer, tanto por amor como por conveniencia, es decir, que la había encontrado extremadamente hermosa, y que la quiso, como hubiera querido á otra mujer bonita que le hubieran presentado con la misma dote.

Pero tal amor no se diferencia mucho del que se siente por una querida de ocasión, aun cuando se uniera á él, en el caso del señor Dunois, una gran consideración hacia la joven rica y bien educada que llevaba dignamente su nombre y que tan bien dirigía su casa. Era un amor que, según las circunstancias, podía durar poco tiempo y convertirse en indiferencia.

Sin el desgraciado accidente que condenaba á Hortensia á vida sedentaria, ambos hubieran vivido probablemente dichosos: la parálisis de la joven le dió ocasión al marido para revelar un día su verdadero carácter, ó más bien, su temperamento.

Dunois amaba las mujeres, es decir, no amaba, sino que gozaba en cambiar de querida. Su mujer no había sido para él otra cosa que una querida legítima, y, al casarse, nunca creyó hacerle un juramento de fidelidad que, de otra parte, hubiera sido incapaz de cumplir.

El estado enfermizo de su mujer le devolvía, á los ojos de todos, la libertad, que de otro modo no hubiera podido obtener sino á escondidas, y se valió de él para vivir á su gusto, sin ultrajar de un modo abierto las conveniencias, porque era hombre bien educado, pero sin respetarlas más allá de lo que era decente y necesario.

Hortensia fué pronto informada de la manera que tenía su marido de entender la vida; lo supo antes aun de que hubieran considerado peligroso su estado. Siempre se tiene á mano una parienta ó una amiga que presta semejantes servicios.

En su aflicción se preocupó de poner á salvo su dignidad y la del hombre con quien estaba unida, y un día le habló con gran sencillez de un asunto que no hubiera querido abordar nunca.

—Eres libre—le dijo,—la desgracia que me ha herido te desliga de tu voto. Lo único que te ruego es que trates de que ignore yo siempre ese lado de tu vida. No podré permitir que te acusen en presencia mía, y me sería demasiado penoso tener que defenderte como mi amistad y mi estimación á ti me ordenan que lo haga.

Dunois, sorprendido por aquel lenguaje, se sintió más mortificado que satisfecho. Era uno de esos hombres que de vez en cuando se complacen en reprenderse á sí mismos, pero que no toleran la menor observación que proceda de otro, especie no rara en verdad y de la cual todos tenemos alguna cosa. Puso una sordina á sus fantasías, porque, pasado el primer momento de mal humor, comprendió que el consejo no era malo, pero desde aquel instante quiso á su mujer algo menos.

Si él hubiera podido suponer que viviría á su gusto á grandes intervalos sin saberlo Hortensia, hubiera sentido, no remordimiento, sino inquietud; pero á partir del día en que ella le demostró aquella indulgencia, se sintió disgustado por haber perdido la superioridad del hombre hasta entonces no atacada; pero herido en

su amor propio, no se volvió contra sí, como era lo razonable, sino contra la que le había producido tan desagradable impresión.

Hortensia había confiado en conservar la amistad de su esposo, y que aquella amistad, fortificada por la compasión y por la estimación de que se juzgaba digna, sería para ella el más firme sostén. Mientras vivió su hijo, se esforzó en creerlo así, pero cuando hubo perdido su alegría, echó de ver que aquella esperanza era una simple quimera.

Dunois era absolutamente irreprochable en su conducta aparente. Iba varias veces al día á pasar cinco minutos al lado de su mujer; le refería las noticias, le llevaba los periódicos, comía frecuentemente con ella porque ella se hacía conducir hasta el comedor en un sillón de ruedas; pero ninguna intimidad, ninguna ternera prestaba su encanto á aquellas solicitudes de pura conveniencia y de costumbre. Lo que Hortensia hubiera querido era alguna ternura, la expansión de un alma abnegada: tenía amigos fuera, pero en su casa se encontraba sola.

¿Cómo sobreviene uno á los grandes dolores cuando ningún deber nos impone vivir? Es muy singular que el ser humano, tan frágil á veces, resista pruebas tan espantosas, cuando se le cree destruido de antemano.

La señora Dunois ni siquiera se puso enferma después de tantos disgustos. Se reconcentró algo en sí misma, habló aún menos de lo que tenía sobre su corazón, y pareció á las vista de los extraños, según expresión vulgar, que se había echado el alma á la espalda.

En el fondo estaba afligida y la muerte le hubiera parecido dulce.

En su soledad real, en medio de las visitas que no dejaban de hacerle, porque, amable é instruída, era para los que la conocían, de un trato social extraordinariamente agradable, Hortensia tenía un amigo, un amigo

humilde á quien quería con todo su corazón.

Una de sus servidoras había muerto pocos días después que su querido hijo dejando un huérfano de trece á catorce años: aquel niño, inteligente y de carácter dulce, se había quedado en la casa ayudando á unos y á otros.

Un día, la señora Dunois, que se sintió fatigada de la vista, le rogó que le leyera el periódico.

Huberto lo hizo tan bien, que se vió elevado de golpe á la dignidad de lector de la señora. En ciertas horas dolorosas ó tristes, no quería Hortensia verse á solas con sus pensamientos ó con sus recuerdos, y Huberto le hacía interminables lecturas. El chico no se cansaba nunca, al menos, así lo decía él. Poco á poco la señora Dunois se había servido de él, para dictarle un billete, luego cartas, y el muchacho había tomado junto á la señora el aspecto de un secretario, niño aun, que, como es natural, no era consultado nunca pero que no dejaba de prestar servicios.

Aquella situación, que no era la domesticidad aunque se le acercara mucho, permitió al joven conocer el carácter y el corazón de la señora Dunois mejor que ninguno de los que la rodeaban.

Huberto conocía todo cuanto le debía á aquella mujer adorable con frecuencia triste, y que, sin embargo, sonreía á menudo. Sabía que sin ella, relegado entre la servidumbre, hubiera vivido una vida material y grosera. Ella le había enseñado á comprender lo que leía y á meditar acerca de ello: á ella le debía ser un hombre y no una simple máquina. ¿Cuál sería su porvenir? El no pensaba en ello ni tenía otra ambición que la de permanecer siempre junto á la «señora» adicto y dedicado á su persona.

Hortensia pensaba en ello por él. Un día en que el muchacho entró en la habitación con una porción de libros, se percató ella de que había crecido mucho en poco tiempo y de que el rostro, en otro tiempo mórbido é infantil, se le había prolongado de manera que le

daba apariencias de hombre.

—¿Qué edad tienes?—le preguntó.

Huberto, sorprendido, dejó los libros sobre una mesa é hizo memoria.

—Quince años y medio—repuso.

Hortensia no dijo nada más, é hizo que el muchacho le leyese los periódicos como de costumbre; pero en vez de retenerlo para dictar cartas ó para hablar con él un instante, lo despidió pronto y se puso á reflexionar.

Lo había tenido á su servicio demasiado tiempo. En lo que ella llamaba su egoísmo, no había pensado que aquel niño se encontraría sin posición el día en que fuese un hombre. ¿Cómo no había pensado en ello?

Aun no tenía Huberto mucha edad para que no pudiese recobrar pronto el tiempo perdido: con alguna aplicación y buena voluntad, alcanzaría fácilmente á los jóvenes empleados en la casa de banca de su esposo. Lo esencial era hacerle entrar en ella con destino al escritorio.

Poco antes de comer Dunois entró en el cuarto de su mujer, como lo hacía todos los días á la misma hora.

Después de haberle comunicado á ésta algunas noticias sin importancia, revolvióse en el sillón como el que desea irse y á quien la educación retiene, cuando su mujer le dió motivo de conversación.

—¿Tienes alguna plaza vacante en tus oficinas?—le preguntó.

—No ¿por qué?—le preguntó él muy admirado porque Hortensia no se ocupaba jamás de sus negocios.

—Por Huberto. Ese niño crece y es el tiempo oportuno de pensar en su porvenir ¿no te parece así?

—¿Plaza de criado entonces? Siendo así, puede arreglarse. Tenemos uno para hacer mandados, pero es viejo y poco inteligente: Huberto le sustituirá con ventaja y saldría más barato. ¿Te has cansado de él? ¿Tartamudea al leer, ó es que ha descubierto una nueva ortografía?

Hortensia hizo un ligero movimiento de negación.

—No estás en lo firme—dijo ella con tal energía que revelaba cierta excitación nerviosa.—Huberto lee bien, escribe correctamente, tiene bonita letra, y no carece de cierta instrucción.....

—¿Dónde la ha pescado?—dijo Dunois echando una pierna sobre otra.—Dejó de ir á la escuela hace tres ó cuatro años, según creo...

—¿No crees que leyendo constantemente libros y periódicos se aprendan muchas cosas?

—¿Comprende, pues, lo que lee?—dijo soltando una carcajada.

Hortensia no se turbó.

Es un muchacho inteligente que te prestará buenos servicios: nos es muy adicto y un día te alegrarás de disponer de él.

—¡En fin, sea!—dijo Dunois después de un instante de vacilación; pero, ¿no crees que serviría más para vestir la librea? tiene buena figura.

Hortensia no pudo reprimir un movimiento de disgusto, casi de indignación.

—Sea, querida, sea—se apresuró á decir él.—Será lo que tú quieres.

Tenía horror á las discusiones. Para él ninguna mala inteligencia valía la pena que costaba: su ideal de la vida era la paz, en la que hacía lo que le daba la gana.

—Gracias—le dijo su mujer con una sonrisa alegre que imprimió en su rostro una gracia extraordinaria.

—¿Te agrada así?—le preguntó él conmovido por aquella expresión que en otro tiempo conoció y que ya había olvidado.

—Sí—contestó ella sencillamente,—quiero hacer bien á ese chico.

—Como quieras; pero eso no es todo: va á ser necesario reemplazarlo. Tu doncella no sabe leer ni escribir y no puede bastarte como sociedad intelectual. ¿Quieres que te busque otro paje?

Hortensia reflexionó y dijo.

—Preferiría una joven.

—¿Una señorita de compañía?

—No: Dios me libre de ellas: una muchacha del campo, joven, amable, que sepa leer y escribir...

—Pero, querida mía: ¿te leerá el diario como se canta una misa!

Hortensia se sonrió: le gustaba ver á su marido de buen humor.

—Yo le enseñaré pronto á leer bien, por poca inteligencia que tenga.

—¿Vocación de institutriz entonces? No te conocía esas aptitudes.

—Que me han servido de mucho para con Huberto, como lo podrás ver.

—La verdad es que tienes razón. ¿Y cuándo quieres que lo entronice en sus nuevas funciones?

—Lo más pronto posible—repuso Hortensia con su voz dulce.

—Sin embargo; será preciso que antes encontremos tu nueva lectora—dijo levantándose.

Dió dos vueltas por la habitación y se acercó poco á poco á la puerta.

—Pues bien—dijo,—busca de tu parte, yo buscaré de la mía, y tan pronto como hayas encontrado el remplazo de tu paje, yo colocaré á éste en las oficinas. ¿Supongo que no exigirás que le dé yo un sueldo de príncipe?

—Sé que eres justo—contestó ella,—y que tus empleados están bien tratados.

Dunois se sonrió ante aquel cumplido, que en verdad merecía, y acercándose á su mujer, le besó una mano.

—Voy á dar una vuelta por el círculo—dijo—y es probable que cene allí. Buenas noches, mi querida Hortensia.

Ella le hizo un afectuoso movimiento de cabeza, y Dunois se fué.

Hortensia miró un instante los cortinajes que aun

se movían por el paso de su marido, fijó luego sus ojos en sus delgadas manos apoyadas en sus rodillas y dos lágrimas, hermosas y límpidas se desprendieron lentamente de sus párpados y rodaron por su magnífica bata.

¿Por qué lloraba? Ni ella misma, hubiera podido decirlo.

Quizá aquella conversación, por medio de algún hilo tenue, imposible de coger por ella misma, había renovado alguno de sus dolores secretos, dormidos á veces; quizá fuera también el pensamiento del inevitable abandono en que todas las noches, con un pretexto ó con otro, la dejaba sola con sus tristes ideas; quizá fuera también, inconscientemente, el sentimiento que le inspiraba ahora el sacrificio hecho.

Porque, en verdad, era un sacrificio. Hacía dos años que Huberto, con frecuencia al lado suyo, había demostrado cualidades de corazón y de inteligencia superiores á una medianía, y ella había acometido con gusto aquella especie de educación: era en cierto modo á su discípulo á quien iba á separar de su lado, y desde el momento en que ella notaba que tal separación iba á costarle algún esfuerzo, se confirmaba en la idea de que urgía realizarla.

Las palabras ligeras de su marido al demostrarle que el joven no era á sus ojos más que un criado, siendo así que para ella había llegado á ser un compañero, casi un hijo, le demostraban que si quería hacerle un bien á su joven lector, debía apresurarse á fin de que la nueva posición de este quedara suficientemente afirmada para no temer la posibilidad de un cambio si...

¿Sí qué?

Si ella llegaba á morir. Pues bien, sí, aquél era el fondo de sus pensamientos. Desde el día en que perdió lá esperanza de curarse, había pensado siempre en una muerte próxima, sin terror, pero con una melancolía no desprovista de encantos.

Y ahora tenía prisa de ver á Huberto instalado en

un pupitre pasando el día sobre cifras, que tal vez á él no le gustarian. En un principio encontraría dura aquella existencia, él, que especialmente en verano se pasaba el lleno del día bajo los árboles del hermoso jardín, al alcance de la voz de Hortensia, ocupado en leer ó en soñar...

Sería duro, pero era necesario. Nunca, y ella lo comprendía bien, podría el joven volver á ser criado, estado del cual, sin saberlo y sin quererlo, lo había sacado la pobre mujer.

Enjugóse los ojos y tomó una actitud tranquila, después de lo cual dió dos golpes sobre el timbre. Era la señal llamando á Huberto que estaba en una habitación contigua. Este entró muy ageno de que acababa de variar su destino. Sus ojos claros y brillantes se fijaron en la señora Dunois. Muy alto y muy delgado, parecía endeble, pero, en realidad, tenía una fuerza poco común. Como todos los jóvenes que han crecido demasiado de prisa, no tenía aun bien determinadas las proporciones del cuerpo, lo que hacía que pareciese desgarrado, pero no por ello respiraba menos distinción natural, la que procede de la elevación de las ideas y de los sentimientos.

—¡Cuánto se va á disgustar el pobre chico!—pensó Hortensia mirándolo compasivamente.

El se había acercado á ella y permanecía de pie en actitud respetuosa.

—¿Desea usted algo, señora?—preguntó con su voz juvenil, casi infantil aun, siquiera se mostrase ya una ligera sombra sobre su labio superior.

—Siéntate ahí—le dijo ella indicándole la silla en que él se colocaba para leer.—Ya no eres un niño y debes pensar en tu porvenir.....

Huberto fijó en su protectora sus ojos con profunda admiración. ¡Su porvenir! ¿Pues no era el de vivir y morir cerca de ella, ocupado en servirla y en quererla? Guardó, sin embargo, respetuoso silencio.

—No te podrás ocupar siempre y únicamente en

leerme libros y periódicos—dijo ella leyendo en su pensamiento: eso no constituye la vida de un hombre y tú mismo te cansarás pronto de ello. ¿Tienes preferencia por carrera alguna?

La carrera que Huberto hubiera elegido indudablemente, era la de secretario de la señora Dunois, pero como se le acababa de decir que no debía contar con ella, necesario le fué encontrar otra cosa.

—En otro tiempo—dijo,—me figuré que quería ser marino... pero de eso hace ya mucho tiempo... ¿Recuerda usted, señora, cuando me hizo leer dos volúmenes de *La vuelta al mundo* seguidos? Creo que fué entonces cuando me dió la idea, pero aquello pasó ya.

—¿Es decir que no tienes afición á la marina?

—Yo tendré afición á lo que usted quiera, señora—repuso Huberto con sumisión caballeresca en que la deferencia del paje no entró para nada absolutamente.

—Te diré por qué—le dijo ella con dulzura.—He pensado en tu porvenir al ver que tu pensabas tan poco en él y le he dicho á mi marido que te coloque en las oficinas para que te instruyas en los negocios. Eso es un principio: con orden y con inteligencia, eso te puede llevar á la fortuna...

Hortensia se detuvo para mirar el semblante de su joven servidor.

—¿Es decir que ya no la veré á usted más?—preguntó con voz tan cambiada como la expresión de su rostro.

—¿Cómo que no? me verás, porque te quedas en la casa.

—¿Abajo?—dijo el joven suspirando.

—Si, abajo. ¿Tendrás miedo de subir un piso?

Pero Huberto no estaba para bromas: aun que pusiera buena cara, sufría el mayor pesar que había conocido desde la muerte de su madre, y ¡cosa extraña! al pensar que iba á dejar de vivir en aquel piso que concentraba para él todas las alegrías y todos los consuelos de la existencia, creyó volverse á ver pobre y

huérfano marchando detrás del carro mortuario que llevaba el cuerpo de su madre al cementerio.

—¡Abajo y arriba!—dijo alegremente Hortensia que comprendió cuánto debía sufrir la franca naturaleza de aquel joven con lo que él consideraba como un destierro. Conservarás arriba tu cuarto, como ahora, el mismo que ahora tienes: pasarás por aquí por la tarde y por la mañana; me darás cuenta de lo que hayas hecho, y trabajarás abajo como los demás, hasta las seis. Después de las seis estarás libre como lo están los otros.

—Sí—dijo Huberto á quien le costaba trabajo contener las lágrimas,—y será otro nuevo el que la sirva á usted.

—Nada de eso: será una nueva.. Quiero una joven. Es muy fastidioso eso de tener muchachos: se les enseña una porción de cosas, sin contar la geografía, y luego, cuando saben bastante, entran en los escritorios. Tendré una muchacha en lo sucesivo.

—Es verdad—suspiró Huberto,—yo he sido muy torpe: el otro día derribé la canastilla de flores... Quizá sea por eso por lo que usted me despide.

—No seas niño—dijo Hortensia con áspero acento.

—Harto sabes el trabajo que me cuesta el prescindir de ti, y que si lo hago es por tu bien.

La voz era imperiosa y las palabras rudas, pero no fué su acritud la que arrojó á Huberto de rodillas junto á la silla larga con la cara oculta por las pieles.

—Perdóneme usted—dijo tratando de dominar su llanto.—Me causa una pena horrible pensar que otra va á servirla á usted cuando yo lo hacía con tan buena voluntad. Usted es la que me ha enseñado todo lo que sé, y ahora quiere usted hacerme más beneficios todavía. Demasiado conozco que le debo estar agradecido, ¡pero me causa tanta pena!... Yo me acostumbraré, usted lo verá, pero...

—Levántate y ve á buscarme un vaso de agua—dijo Hortensia con voz tranquila—y procura que en la cocina no te vean la cara. Te preguntarían qué es lo que

tienes, y no quiero, ni que lo digas, ni que mientas.

El muchacho se levantó en seguida, y, sin decir palabra, se fué á cumplimentar la orden recibida.

En su corta ausencia, Hortensia se pasó la mano por los ojos y suspiró.

—¡Qué bueno es ser querida de esta manera!—dijo.—Es la compensación del corto bien que hago, y me satisface... Pero los hijos de otro no son nunca más que extraños, sea lo que quiera lo que se haga por ellos... ¡Oh! ¡hijo mío, mi querido hijo!...

El ligero paso de Huberto en la habitación contigua la obligó á componer su semblante: cuando aquel entró, la encontró tan serena como la había dejado al salir.

—Bébetese ese vaso de agua, y escucha—le dijo ella.

El joven obedeció y permaneció mirándola.

—No le digas á nadie lo que te he dicho. Cuando llegue la joven que ha de remplazarte, entrarás sin pérdida de tiempo en el ejercicio de tu nuevo cargo y procurarás arreglarte de modo que evites los comentarios. Hasta entonces seguirás leyéndome y escribiendo mis cartas.

—¿Durará eso mucho?—preguntó el muchacho con inquietud.

—¿Quisieras que fuera ya?—dijo Hortensia semisonriendo.

—¿Quisiera que no fuese nunca—replicó él con vehemencia.

—Eso vendrá á su tiempo, y hasta que suceda, comprobarás todas las tardes las cuentas de la casa desde el principio hasta hoy, para que te acostumbres á calcular con presteza y seguridad.

—¿Aquí?—preguntó Huberto.

—Aquí ó en otra parte, eso es lo de menos. Si te digo que lo hagas, estoy segura de que lo harás, sin necesidad de que se te vigile.

El joven se puso encarnado ante aquel elogio. Hortensia añadió con negligencia:

—Podrás empezar esta tarde después de comer: te daré la llave y tomarás los registros que están en ese mueble.

Y le indicó el pupitre colocado frente á ella. Huberto comprendió que, aquel día, trabajaría junto á su señora, y, como niño que era aún, sintió ahogados los cuidados del porvenir en la alegría de la hora presente.

VIII

Un mes más tarde fué introducida Mónica Brequet en la habitación de Hortensia, en la que esta, sentada en su silla larga como de ordinario, distraía sus dedos haciendo un ligero capricho de aguja.

La señora Dunois miró á la aldeanita, y esta examinó la estancia, que era una vasta pieza de techo alto, tan pulcra y tan sonriente como puede serlo una jaula de la cual no hay medio de salir. Hermosos tapices antiguos cubriendo las paredes, le daban, desde luego aspecto suntuoso y de grandeza: cortinajes orientales cubrían todas las puertas, que eran bastantes.

Hortensia había elegido para estar en ella siempre la pieza central de sus habitaciones, antiguo salón conservado en toda su magnificencia. Tres ventanas daban sobre el jardín, cuyos macizos de flores estaban dispuestos de modo que en ellos descansara la mirada de la enferma cuando hacía aproximar su silla á una de dichas ventanas. En el salón, plantas de largas y verdes hojas lustrosas ocupaban los ángulos en forma que nada diese idea de negligencia ni de abandono. Los muebles más cómodos estaban cerca de la silla larga y de la cama, y los más elegantes, esparcidos á lo largo de las paredes: de estas pendían cuadros y grabados de mérito. Reinaba en la estancia el lujo moderno con cuanto podía consolar á un ser en favor del cual nada

había podido hacer la ciencia.

Mónica dirigió luego su mirada á la propietaria de todos aquellos bienes, á la que había saludado antes con una tímida reverencia.

La señora Dunois no fué para la joven un objeto menos curioso que el marco de que estaba rodeada. Aquella hermosa señora de tez tan nacarada que se la hubiera creído transparente, cuya belleza parecía un cristal frágil pronto á romperse, cubierta de batista y de encajes como niño á quien se va á bautizar, rodeada de almohadones bordados, de cobertores de seda y de pieles que caían sobre una alfombra de Persia, todo aquello le pareció á Mónica maravilloso, inverosímil, casi teatral.

Mientras que la señora que la había conducido hasta allí cambiaba algunas palabras con la señora Dunois, la joven tuvo tiempo de observar con más atención á la señora á la cual iba á servir. Al primer golpe de vista casi le había inspirado miedo; tan poco verdadero le pareció todo aquello: la segunda mirada provocó en Mónica un sentimiento de tierna compasión.

En el momneto en que sus ojos, llenos de ternura compasiva se fijaban en aquella señora tan hermosa, tan rica, y que no podía andar, según le habían dicho, Hortensia detenía en ella su mirada viva é inteligente. La expresión del semblante de Mónica, cogida en flagrante delito de compasión, que bajó los ojos ruborizada, pareció á Hortensia tan dulce y tan nueva, que sintió dilatársele el corazón.

Extendiendo su mano delicada hacia la aldeanita, le hizo seña de que se acercara. Esta obedeció avergonzada de su persona.

—Parece una buena muchacha—dijo Hortensia cogiendo la manecita morena de Mónica.—¿Quiere usted quedarse conmigo?

—Sí señora—contestó aquella súbitamente conmovida por un sentimiento nuevo parecido á la ternura espontánea.